

Gatos eran los de antes

Graciela Beatriz Cabal

Ilustraciones de Eugenia Nobati y Luciana Fernández





www.loqueleo.santillana.com

© GRACIELA BEATRIZ CABAL
© 2005, HEREDEROS DE GRACIELA BEATRIZ CABAL
© 2005, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4303-6
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: EUGENIA NOBATI Y LUCIANA FERNÁNDEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Cabal, Graciela Beatriz

Gatos eran los de antes / Graciela Beatriz Cabal ; ilustrado por Eugenia Nobati y Luciana Fernández. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

32 p. : il. ; 19 x 16 cm. - (Amarilla)

ISBN 978-950-46-4303-6

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Nobati, Eugenia y Fernández, Luciana ilus. II. Título.
CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA EDICIÓN DE 2.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015, EN NEXO GRÁFICO S.A., CORRALES 1659,
CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Gatos eran los de antes

Graciela Beatriz Cabal

Ilustraciones de Eugenia Nobati y Luciana Fernández



loqueleo

*Al señor Achával
gatero de Merlo*





En el barrio de San Cristóbal era cosa sabida: Flor, la gatita de tres colores, era una gatita muy de su casa.

—¡Nada de andar por ahí, callejeando! ¡Mirá que se va a enterar tu padre! —le repetía siempre su mamá.

Pero no era necesario. Porque a Florcita, la calle... ni fu ni fa. Además ella a su papá no le tenía miedo. Entre otras cosas porque apenas si lo había visto una que otra vez. Sabía, eso sí, que su papá era un gato muy renombrado y muy valiente, que se había animado a entrar a la Casa el día que Florcita nació y que le había traído de regalo una lauchita a cuerda. “Vengo a ver a mi hija”, dicen que dijo aquella noche, mientras asomaba su enorme cabezota amarilla por la puerta del patio.





Pero esa era historia pasada.

La cuestión es que Florcita a su papá no le tenía ni un poquito de miedo.

“Pero, por otra parte”, pensaba Florcita, “¿para qué voy a ir a la calle? ¿En la Casa no tengo todos los días mi leche tibia? ¿No tengo mi almohadón peludo, justo al lado de la ventana? Y sobre todo, ¿en la Casa no la tengo a mi mamá? Sí señor: todo lo que necesito en la vida lo tengo en la Casa”.

Cacique era un gato callejero. El más bravo de todos los gatos bravos del mercado de Pichincha. Por algo era Cacique, el Jefe.

Y aunque Cacique era blanco, y aunque jamás hablara de su vida privada, se sabía de buena fuente que era hijo del Viudo, un gato negro y pependenciero que había llegado del Parque de los Patricios.





—¡De tal palo tal astilla! —decían las gatas cuando lo veían pasar a Cacique, rengo y magullado, después de alguna gresca.

Cacique comía salteado y ya ni se acordaba del gusto de la leche.



Pero eso a él lo tenía sin cuidado.
Porque Cacique no había nacido para la vida
regalada.
Él había nacido para el peligro y la aventura.
Y el peligro y la aventura sólo se encuentran en
la calle.



Estaba escrito que, tarde o temprano, Cacique y Flor se conocerían. Porque a Cacique le gustaba recorrer, una y otra vez, las calles del barrio.

Y porque Florcita se pasaba las horas mirando por la ventana de la casa.

Fue un amor a primera vista, un verdadero flechazo.

Y los amores a primera vista —dicen— cambian mucho la vida de los gatos.

Florcita ya no se interesaba por su laucha a cuerda. —¡Quiero ver una laucha de verdad! —le había gritado a su mamá, que la miró asustada.





Florcita ya no se conformaba con mirar la calle desde la ventana.

Y cada día tenía los ojos más verdes y más brillantes. Es que, ya se sabe: el amor envalentona mucho a las gatitas de su casa.

Cacique también andaba con el paso cambiado.
Ya no encontraba ninguna diversión en perseguir
a los gatos del baldío.

Ya no le gustaba revolver los tachos de la basura.
Y varias veces, casi sin darse cuenta, había
ronroneado mientras se restregaba contra las
piernas de Don Victorio, el carnicero.

